

JUAN A. ORTEGA MEDINA

Nace en Málaga, España, el 10 de agosto de 1913. Fallece en México el 4 de julio de 1992.

Historiador radicado y formado en México. Catedrático de la Universidad Nacional de México. Se le deben: *México en la conciencia anglosajona*, 2 v. (1953-1955); *Humboldt desde México* (1960); *Historiografía soviética iberoamericanista* (1961); *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962); numerosos artículos en revistas especializadas y traducciones de obras históricas del alemán, entre éstas: *Cartas a la patria*, de Carlos Guillermo Koppe (1955); la *Filosofía de la historia*, de Federico Schiller (1956); *Cartas sobre México*, de C. C. Becher (1958); *México en 1840*, de B. Meyer (1953).

Fuente: Juan A. Ortega y Medina. *México en la conciencia anglosajona*, 2 v. México, Antigua Librería Robredo, 1955. (México y lo mexicano, 22). II-12-28.

VIAJEROS Y AVENTUREROS

En 1821 lograba México su independencia; es decir, su espaldarazo nacional, el ansiado y peligroso compromiso de ser (y de mantenerlo) y de sostenerse como nueva nación frente al concierto político-legitimista, hosco y monarquizante de la Europa continental y sacroaliancera. También alcanzaba, por modo compensatorio, el aplauso y buena acogida del hermano mayor republicano y americano, protestante y anglosajón. Tras el efímero imperio iturbidista se abrió paso la tranquila y famosa paz o interregno guadalupano y victorino, y gracias al prestigio exterior obtenido por este casi sosegado y eglóguico cuadrinio gubernamental y merced asimismo a las relaciones diplomáticas consiguientes, comenzó a arribar al país una curiosa e interesante fauna viajera procedente del viejo y del Nuevo Mundo.

La abigarrada y gárrula caravana aventurera fue en su mayor parte, y durante la primera mitad del siglo, de lengua inglesa. De 1821 a 1847, procedentes de Europa y de la América septentrional desembarcaron en nuestros puertos del Golfo y del Pacífico (en estos últimos en mínima escala, al igual que por la entonces imprecisa y dilatada frontera nórdica por donde pocos penetraron) norteamericanos, británicos y

franceses en reñida competencia viajero-comercial, mineroindustrial, aventurera y hasta diplomática: plenipotenciarios, embajadores, cónsules, industriales, arbitraristas, comerciantes, banqueros, agiotistas, representantes, mineros, viajeros, inventores, científicos, tahures y hasta artistas acudieron presurosos buscando nuevos campos de inversión y de explotación; también novedades, pues aunque para algunos las bellezas escaseaban, en cambio había abundancia de atracciones.

Aunque en 1818 se había realizado el primer viaje en vapor entre Nueva York y Liverpool, lo cierto fue que hasta bien entrada la tercera década del siglo XIX lo más seguro para todo presunto viajero, si bien incierto, era embarcarse en uno de los elegantes y raudos veleros, cuyos capitanes confiaban su destino a la providencia y a los vientos caprichosos. Pese a que hoy nos parezca extraño, para los 30 del siglo pasado un viaje por mar resultaba casi tan arduo y azaroso como el que emprendiera Colón en 1492. Por ejemplo, el viaje de Humboldt a América en 1779 fue tan insoportable como lo llegó a ser, sin duda, cualquiera de los realizados en las flotas españolas durante el siglo XVII. Los huracanes, los vientos contrarios y sobre todo las calmas chichas agobiaron a los argonautas viajeros de principios del XIX, en tanto que no se perfeccionó e impuso la navegación a vapor. Todavía por el año de 1839 la famosa marquesa Calderón de la Barca llevó a cabo su viaje desde La Habana a Veracruz a bordo del velero *Jason*, el cual estuvo once días a poca distancia de la costa veracruzana sin poder, no obstante, surgir a puerto. Como sentenció resignada la fatalista marinería española, aquel viaje (24 días desde el Morro a San Juan de Ulúa) resultó poco menos como el del Orinoco, "que el que no se murió se volvió loco".

Aquellas fragatas, corbetas, bergantines, goletas y clíperos de madera, a pesar de su fama eran nauseabundos; las bodegas y sentinas rezumaban por doquier su insoportable y característico hedor; las cocinas y letrinas esparcían por todo el barco un punzante y pestilente olor a cloaca y a mondas, que se mezclaban con el salúfero del mar y de la brea derretida. A veces todo se conjuraba para hacer de aquellos bateles un inmenso ataúd flotante, ratas, pestes y epidemias diezmaban con frecuencia a los navegantes en tanto que las pulgas, chinches, piojos, cucarachas y otras múltiples sabandijas atormentaban atrozmente a los tripulantes y viajeros que iban quedando. Con todo, lo mejor de un viaje marítimo era cuando se

penetraba bajo el templado cielo tropical; cruzada la línea, los viajeros podían librarse de muchas molestias y de malos olores aspirando con fruición los aires yodados del trópico sobre la cubierta del buque; pero en azotando que azotaba el temporal, los viajeros la abandonaban para ir a refugiarse apeñuscados bajo ella, aumentándose los sofocos, la inestabilidad, los mareos, los vómitos y los apretujamientos: con frecuencia aquello se convertía en un pandemónium indescriptible.

Durante muchos días y a veces hasta meses convivían los viajeros en su molesta cuanto frágil cárcel de madera. Con Beaufoy, un ex soldadote inglés de pocas y malas pulgas, hicieron la travesía cosa de veinte caballeros que venían a México como empleados de las compañías mineras inglesas recién fundadas. También le acompañaron otros extranjeros “procedentes —escribe— de todos los rincones de Europa: alemanes, franceses, italianos, belgas, ingleses, irlandeses; jóvenes en su mayor parte muy instruidos y alegres”. Latrobe, otro viajero británico, navegó en compañía de un tal don Pablo, “un obeso español hinchado de vanidad y de extraños compendios de canciones, que iba a México en busca de fortuna y con una excelente oportunidad de ser colgado por gachupín; junto con don García, un oficial mexicano exiliado, del partido iturbidista, que arribaba en secreto a su país con la esperanza de ser descubierto y fusilado; en unión de Cortina, un capitán que había perdido su buque; con Celestina, el farfante de la compañía, y con el bravo y seminoble Monsieur le Marquis de Maison Rouge”: un aventurero de tomo y lomo, añadamos para redondear la figura discretamente dibujada por Latrobe.

Herr Becher, un pesado y meticoloso comerciante teutón, que tardó 60 días en hacer la travesía de Burdeos a Veracruz, hizo su viaje en compañía de 18 personas (además de su criado francés, al que no cuenta entre éstas): entre ellas, ahora sí incluidas, una viuda alemana y sus dos pasadotas y talludas hijas, que esperaban sin duda colocarse y hacer chuzas entre los mexicanos pudientes a cuenta de la piel blanca y de los cabellos algo más que pajizos; una señora casada y una dama ginebrina enmarcada por la gracia fresca de sus dos monísimas chiquillas. Otro alemán embarcó en unión de tres jóvenes norteamericanos; pero sólo pudo intimar con uno de ellos, un kentuckiano; es decir, un representante de esa fabulosa combinación mitad por mitad entre caballo y caimán (como a la

gente de Kentucky le gustaba entonces fantasear), joven alegre, instruido, fuerte y distinguido —escribe más o menos el anónimo autor germano—, que con su extenso surtido de cancioncillas y su sentido del humor nos alegró las tediosas horas de nuestra navegación. Los otros dos, añade, gente tosca e intratable, y de la que el sabio Goethe ha escrito que si fueran libros, no los leería.

Para matar el tiempo y mitigar el aburrimiento, los viajeros echaban mano de todas las diversiones posibles; éste observando la transparencia y fosforescencia de las aguas tropicales; aquel admirando el donaire alado de los peces voladores; quien los prodigios de los nautilus multicolores; quien la torpe caricatura humana de los manatíes; quien los saltos espumosos de los delfines. Algunos se entretenían pescando tiburones; otros con la gracia burda y chocarrera de los azotes, chapuzones y chapopotainas al paso de la línea tropical. La mascarada grosera de la corte neptunesca y el bautizo consiguiente de los neófitos e iniciados divertía a muchos; pero también a no pocos molestaba, sobre todo a los que eran objeto forzoso de la iniciación no siempre exenta de peligro, especialmente en los buques ingleses, que tenían fama a este respecto por excesos que frecuentemente terminaban en tragedias. Los compañeros de nuestro ya citado anónimo alemán se dieron a la extraña operación de embriagar una cabra que llevaban a bordo; ni que decir tiene que los brincos y embestidas del caprichudo y barbiendiablado animal causaron la hilaridad de todos los viajeros. Los más graves, siempre en minoría, se dedicaban sin excepción a tareas más provechosas, extrayendo la máxima información posible acerca del país de inmediato arribo de todos aquellos que lo conocían de vista, de oídas o leídas; fundamentalmente de esto último, porque la lectura de los libros y diarios de los viajeros precedentes, en especial la del famoso *Ensayo* del no menos famoso Humboldt, fue pasto espiritual obligado para todo posible y extraño visitante. La marquesa Calderón de la Barca agotó toda la literatura viajera que encontró a mano durante la travesía, y se zampó, ¿cómo no?, un tomo de Humboldt; el embajador de Inglaterra, Ward, en tanto que transcurrió la suya, tuvo tiempo para devorarse *El Español*, de Blanco White; la *Historia de América*, de Robertson; el *Viaje a Suramérica*, de Brackenridge; el *Cuadro Histórico*, de Bustamante; las *Memorias de la Revolución de Méjico*, de William Davis Robinson, y, por supuesto, la obra

monumental de Humboldt, sin la cual, añade Ward, es casi imposible escribir un libro sobre México. Los viajeros más eruditos se lanzaron sobre la historiografía de temas mexicanos y desempolvaron a los Cortés, Bernal Díaz, Gage, Herrera, Acosta, Clavijero, Veytia, Torquemada, Tezozómoc, etc.; pero otros viajeros, menos inclinados a la ciencia histórica, se contentaron con leer a sus más o menos inmediatos antecesores; así Lyon a Basil Hall, Mayer a Latrobe, Thompson a Mayer, y Beaufoy a Bullock. Este Bullock fue un apasionado de las "antigüedades mexicanas", y como veremos fundó un museo en Londres que fue asiduamente concurrido por los presuntos viajeros. Ward lo visitó y contempló extasiado las figurillas de cera que representaban a las clases mexicanas más bajas: léperos, guachinangos y saragates, las mismas que había descrito Humboldt y que Bullock familiarizó entre los londinenses. Beaufoy nos confiesa que leyó a Bullock y que asimismo visitó el "Museum" de éste poco antes de salir de Londres. La visita al museo se constituyó en el obligado entrenamiento visual de todo inglés dispuesto a cruzar el charco para conocer México.

La descripción de cuando menos un par de obligadas tormentas o huracanes fue asimismo un recurso romántico eficaz entre los viajeros decimonochescos, que no podían menos de deslizar entre las páginas de su diario sus impresiones tempestuosas. Pero con todo y la probable influencia romántica a los Bernardino de Saint Pierre, que tanta mella hizo en las inclinaciones literarias de los navegantes y viajeros, un norte era una cosa muy seria y capaz de encoger el ánimo del más pintado; razón más que suficiente para que seamos comprensivos y admitamos no sólo los devaneos estilísticos de la escuela sino las descripciones desesperadas y casi naufragantes. Con todo, la aventura mayor, el riesgo máximo lo constituyeron los piratas. ¡Sí, lector, has leído bien; los piratas! (y no hay en ello ninguna complacencia nuestra, ningún contagio, ninguna licencia romántica). Y para mayor asombro, de los piratas y corsarios españoles. Trasnochado episodio de una época ya ida y que España, a destiempo como siempre y por primera vez en su historia moderna, había oficiosamente reverdecido en el mar Caribe y en el Golfo para castigo y empobrecimiento de sus antiguas colonias, y para sostenimiento de su vacilante mandato en Cuba y Puerto Rico, y quizás también para defender la primera de los alocados y ardientes proyectos libe-

radores del tropical e imaginativo Santa Anna, y de su piro-técnica y "cubanaca" [a]” proclama. Asimismo, sin duda, para evitar la independencia de la hermosa isla, que a lo submarino y todo soñaban libertar de España los Michelena y Victoria a fines de la segunda década de la pasada centuria.

Pero volviendo de nuevo a los piratas, hay que añadir que éstos, según Poinsett, constituyeron una peligrosa asociación llamada los musulmanes, la cual se dedicaba al pillaje de todo buque que no navegara bajo el pabellón español. Los dos viajeros alemanes ya citados se toparon también, por suerte sin mayores contratiempos, con los temibles corsarios, pues que esto eran realmente, y el honrado Becher, que había visto con satisfacción cómo las marinas inglesa y norteamericana habían barrido de las Antillas, durante las dos décadas primeras del nuevo siglo, aquella peligrosa fauna, lamentaba que tal vez levantase de nuevo la cabeza aquella abominable hidra. El impulsivo Beaufoy vio asimismo las costas del Golfo, del mar Caribe y de las Antillas bojeadas por enjambres de piratas; “un conjunto formado por los salvajes más crueles de cada nación, quienes eran patrocinados, añade Beaufoy, por los españoles en la isla de Cuba, y secretamente por los holandeses y daneses desde sus diferentes establecimientos coloniales”. A los riesgos propios del mar se añadían los provocados por las rivalidades económicas políticas de las naciones y de los hombres. Esta réplica corsaria española, que se prolongó hasta los cuarenta del pasado siglo, tuvo su origen, como ya se ha dicho, en la política colonial de España, enderezada ahora como represalia contra las antiguas colonias manumitidas; pero asimismo fue una política de defensa contra los apetitos desencadenados entre las potencias marítimas ante el revuelto espectáculo que presentaba el enmarañado mundo hispanoamericano de entonces. Los hermanos Lafitte, los Gamby y Amigony, atentos a su solo provecho, pirateaban, sin embargo, por las aguas del Golfo de México enarbolando el flamante pabellón tricolor mexicano, y practicaban el corso hasta Boquilla de Piedras y Nautla. El barco de Gamby ostentaba un limpio y heroico nombre, *General Morelos*; el de Amigony, otro no menos ilustre y evocador: *General Bolívar*. Pero aunque estos corsarios decían haber recibido sus patentes del Congreso Mexicano, lo cierto es que sus intereses eran personales y rumbeaban siempre hacia el Norte.

Diplomacia viajera

Dentro de la aburguesada y arriesgada farándula viajera de la primera mitad del siglo XIX, los personajes más importantes, no solamente por el cargo con que a México venían investidos sino también por la educación y formación intelectual que a la mayoría adornaba, fueron los diplomáticos. Hubo honrosas excepciones a favor, naturalmente, de Norteamérica, porque los ingleses nunca pudieron enviar un agente consular que, como el honorable Mr. Alber M. Gillian, pudiera sentir sobre sí la sorpresa y aun el asombro que experimentaron los mexicanos cuando lo vieron algo así como rumiando y esputando tabaco muy elegantísima y diplomáticamente. Y el Excelentísimo Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de los Estados Unidos, el honorable Waddy Thompson, suponía extrañado, y con justísima razón, que en México no había un nativo que usara tabaco para mascar.

La auténtica etapa diplomática, viajera y anglosajona, se inaugura oficiosamente con Joel R. Poinsett, supuesto que las correrías y aventuras insurgentes de William Davis Robinson no pueden seriamente tomarse como diplomáticas, según testimonio escrito del cónsul español en Nueva Orleans, don Felipe Facio, en carta al virrey Apodaca (20-1-1817), y a pesar, pues, de los humos y de lo que presumía el malasuerte de Robinson, quien para el cónsul no era sino "un pájaro de cuenta". Sin embargo, Robinson había recibido del Ministro de Estado norteamericano, Mr. James Monroe, el encargo de observar los progresos de la revolución mexicana y de comunicarle todo cuanto tuviese que ver con la situación social, política y económica del virreinato. En suma, Robinson fue un agente confidencial del Departamento de Estado, aunque no con la categoría, sueldo y garantías de un William Shaler.

Pero volvamos a Poinsett. En el otoño de 1822 desembarcó en Veracruz, cuando todavía ondeaba en San Juan de Ulúa la bandera roja y gualda de la monarquía española. Poinsett fue uno de esos incansables trotamundos norteamericanos que la apenas si cuajada nación estadounidense exportaba hacia el mundo en busca de madurez y de historia, y en busca también de defensa y ventajas de todo orden en el tembladero de la diplomacia. Había estado en Sudamérica, y de allí tuvo que salir, como lo hizo más tarde de México y no muy airosamen-

te, por su inveterada manía de inmiscuirse en los peligrosos tartamudeos políticos de las recién nacidas naciones hispano-americanas. Había estado también en Moscovia, y en San Petersburgo hizo gala de su apasionado republicanismo liberal y democrático, incluso en la mera corte del zar de todas las Rusias, y de donde, ni que decir tiene, fue asimismo expulsado. Cuando desembarcó en Veracruz, la ciudad se hallaba bajo el mando militar de un joven y fogoso coronel, Santa Anna, quien había logrado, apunta Poinsett, expulsar a las fuerzas realistas de la ciudad. Lástima grande es que el coloquio de aquellos dos hombres no haya trascendido: el uno ardiente, conscientemente republicano e imperialista; el otro ardiendo en deseos de ser algo (pues no era sino apenas nada, preuncio de ser y voluntad ambiciosísima de llegar a serlo) y para sí propio. Nada tiene, pues, de extraño que el anhelante joven milite —como apunta Gaxiola— se lanzara poco después de aquella entrevista a la palestra revolucionaria proclamando planes políticos que malentendía, y que acaso le fueron sugeridos y recomendados por el hombre mismo cuyo celo republicano le llevó a la audacia de ponderar los derechos inalienables del hombre, la soberanía del pueblo y las excelencias del régimen republicano, democrático, representativo y burgués ante el propio autócrata y zar de Rusia, Alejandro I.

El 10 de octubre de 1823 una comisión diplomática y comercial fue despachada a México por Mr. Canning, Ministro de S. M. B., constituida por los señores Lionel Hervey, Carlos O'Gorman, Thompson, Ward y el doctor Patrick Mackie; este último conocía el país desde hacía años y poseía, por consiguiente, una gran experiencia sobre el mismo. Este primer sondeo terminó el 5 de febrero de 1824, cuando todavía no se había promulgado la Constitución republicana de dicho año. La visita oficial inglesa la realizó el Hgo. H. G. Ward al año siguiente, en plan de embajador, y en el doble papel de solícito padre y amantísimo esposo. Y bueno será detenernos así sea un momento para alabar a su señora, pues que además de abnegada, y hay que imaginar que también bella y cariñosa —por lo menos Ward no puede desmentirnos dado lo que se lee en su libro—, fue una estupenda dibujante que puso el toque femenino de su delicado y gracioso arte en los farrajosísimos y, en los dos sentidos, casi pesados volúmenes escritos por su marido.

Para cuando Poinsett logró ser nombrado ministro de los

EE.UU. en México (1825), ya los ingleses se hallaban diplomáticamente muy bien repantigados y habían procurado asimismo abrirse paso fina y hábilmente hasta el corazón de todas las clases sociales. Cierta vez que hubo que traer con toda urgencia a la virgen gachupina —no recordamos si para implorar la lluvia a causa de la pertinaz sequía, o si para evitar la inundación (y la peste subsecuente) por exceso de precipitación— que por eso la llamaban y aun la llaman la de los Remedios, Ward prestó su carroza al sacerdote y acompañantes que traían la milagrosa imagen, y se ganó así el respeto y reconocimiento del pueblo y el aplauso del aleperado populacho. Empero Poinsett, deseoso de contrarrestar la influencia inglesa (a pesar de que él tenía en su contra la animosidad de las señoras mexicanas, por aquello que escribiera acerca de la inalterabilidad de la reputación de las casadas frente a las “liaison [s]” de los maridos en amores extrahogareños, y pese asimismo a lo que les hubiera llegado a las damas hispanoamericanas sobre las picantes confidencias de Poinsett a Tocqueville sobre el tema de la fragilidad amorosa femenina en las tierras comprendidas entre el Bravo y la Tierra de Fuego), se empeñó, con toda la meticulosidad de su temperamento héctico, a levantar el prestigio norteamericano, que se hallaba muy mucho alicaído a los ojos de los patriotas por las reservas neutrales por Norteamérica durante la guerra de independencia. No obstante el predominio económico y diplomático británico, Poinsett no cejó y no se dio fácilmente por vencido, pues echando mano del habilísimo y seguro recurso vienés de los saraos, fiestas y bailes, con los que se remataban, según se sabe, las enredadas sesiones del famoso Congreso, inauguró un sistema de danzantes tenidas, en las que entre valeses, contradanzas, cuadrillas, lanceros, polcas o polonesas, libaciones y hasta algún que otro populachero fandango o bolero, orejeaba Poinsett, en delicioso remedo matternichiano, las indiscreciones políticas de los invitados. Según el teniente Hardy, que frecuentó estas encantadoras reuniones de azucarillo, miriñaque y levita, “el objetivo de dichos bailes fue promover un recurso para que los nativos y los extranjeros entrasen en más íntimo contacto; de lo cual esperábase que se seguiría una fuerte tendencia capaz de disipar por lo menos cierta parte de los prejuicios que eran naturales entre aquellos que habían vivido poco la vida social y visto menos del mundo”. Por supuesto, Ward no se amilanó y contrarrestó la danzarina y

diplomática ofensiva organizando a su vez bailes más suntuosos, más aristocráticos y borbonistas, más acangrejados, adecentados y escoceses que los de su rival; en suma, menos aburguesados, menos ayorkinados y liberales. Naturalmente Hardy, como correspondía a su papel, asistió a unos y a otros; con lo cual se nos revela que el delicado arte de la soplonería, remunerada o gratuita, jugaba su parte principal entre gulusmeos, languideces, coqueteos, abaniqueos y soponcios femeninos. Mas aquellas desusadas reuniones sociales no tardaron en fracasar lamentablemente por la resistencia de las ex marquesas y Quijotitas mexicanas, que no quisieron cambiar sus tradicionales saraos, jamáicas, lunadas y tertulias por las exóticas "parties" y "picnics": la vida de sociedad a lo anglosajón, como lo comprobara Latrobe, había fallado, poniéndose de relieve la "imposibilidad y naturaleza del quimérico esquema": el elegante y angloamericano té había fracasado por el momento frente al espeso e indohispánico chocolate.

Poinsett y Ward convivieron en México en una época decisiva para el país, el período preconstitucional, brevísimo compás de espera que quedó abierto tras la abdicación de Iturbide. El primero tuvo incluso la posibilidad de visitar al emperador para hacerle entrega de la carta de Henry Clay. Pudo, pues, asistir al infantil y serio alborozo de la flamante corte, con todo y su "carruaje imperial, «sus» majestades imperiales", las "princesas de sangre imperial" y la "imperial guardia montada". La vena satírica de Poinsett se complace republicana y zumbonamente en arrastrar la cola de adjetivos; pero aunque no se dejó, por fortuna, en el tintero a los principillos progenitores, especialmente el fantasmón de la Unión y a su fantasma Alteza Imperial (la hija), no cayó republicanamente en la cuenta o registro de los maestros, comendadores, cruces y grandes cruces ex officio; a saber, los cotorrescos y verdiemperejilados caballeros de la Imperial Orden de Guadalupe: los tan famosos cuanto ridículos huehuenches, como los apodara picudamente el irónico y tremebundo Padre Mier.

Tendrá que transcurrir casi un quinquenio para que volvamos a toparnos con otro viajero diplomático de relieve, en este caso viajera, la cáustica y graciosa marquesa Calderón de la Barca (Frances o Fanny Erskine Inglis); diplomática no sólo por el modo usual en que por extensión el oficio del marido se aplica feminizado a su mujer, sino también por la circuns-

pección y tacto con que se condujo entre la ex nobleza y burguesía mexicanas en su delicado papel de primera consorte embajadora de España, país que no conocía y que a la sazón era castizamente desgobernado por Isabel Segunda. La fina y mordaz pluma de la marquesa nos dejó del México de la primera mitad de la pasada centuria una descripción viva y fiel que dice mucho de sus dotes de observación, agudeza de ingenio y fidelidad descriptiva literaria. La *Vida en México* forma "pendant" perfecto con el *México, lo que fue y lo que es* de Brantz Mayer, Secretario de la Legación norteamericana en México de 1841 a 1842; y ambas obras nos presentan un buen análisis social, político y económico de la nación, especialmente, por lo que respecta a Mayer, en el renglón de las finanzas. En las dos se palpan también las mudanzas del tiempo y la desesperanza espiritual y desilusión política de una generación mexicana que veía disiparse los sueños orgullosos de primacía internacional y preeminencia cultural en todo el continente americano (especialmente en su porción septentrional); sueños que se forjara desde los inicios de la insurgencia a la culminación de la independencia; la vieja y predeterminada herencia imperial y espiritual hispánicas.

Dos más viajeros diplomáticos tenemos que traer a colación, y ambos norteamericanos: Waddy Thompson y Albert M. Gillian. El primero, adecuado instrumento de la ruda y contundente diplomacia demócrata de Jackson, fue Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de los Estados Unidos en México, alargada currícula política con la que el escritor se hace el usual reclamo literario para sí y para su obra; el segundo, del que ya hemos hecho observar sus aficiones tabaquimasticantes, último cónsul estadounidense en Monterrey, California, un puesto que jamás llegó a ocupar. Thompson y Gillian estuvieron en México en la década de los 40, cuando la tormenta de la intervención norteamericana se iba cerrando amenazadora e implacablemente sobre México.

La década de los 20 —volvamos por conveniencia atrás— fue, según parece, la escogida por los viajeros ingleses para su visita a México. Nada menos que seis británicos se arriesgaron a penetrar en la interrogante tierra incógnita mexicana en búsqueda de fáciles horizontes de lucro y ganancia, y en busca asimismo de nuevas sensaciones y espasmos románticos que los liberaran del cansancio, del hastío y de las pocas oportu-

tunidades que les ofrecía el viejo mundo. Hormigueaba también en ellos el afán de aventuras, y al leer uno de sus libros se perciben junto a los relatos estupendos los desencantos y desengaños experimentados; los ensueños no cumplidos o fallidos. Preceden estos seis al arribo de Ward, y encabezando a este grupo podemos poner por razones cronológicas al capitán Basil Hall, oficial de la marina real de Inglaterra, que de 1820 a 1822 navegó a lo largo de la costa americana del Pacífico tocando los puertos chilenos, peruanos y mexicanos (Valparaíso, El Callao, Acapulco, etc.).

Estos navíos ingleses de guerra, además de proteger los intereses británicos servían para relacionar comercialmente dichos puertos con los de Inglaterra. Los comerciantes hispanoamericanos hacían sus listas de pedidos y adelantaban los pagos a los capitanes, quienes recibían una jugosa comisión por su papel de obligados intermediarios. Algunos pedidos, a pesar de haber sido abonados por adelantado y en contantes y sonantes monedas de oro y plata, tardaban a veces hasta medio año en ser servidos, y eran frecuentes las reclamaciones —inatendidas— a causa de deterioros inevitables y cambios de muy mala fe llevados a cabo en las calidades de los géneros remitidos. Los comerciantes hispanoamericanos comenzaban así a hacer sus primeras armas en el amplio mundo de la libertad del comercio y de la impunidad del engaño.

Haciendo pareja con Hall nos encontramos con el también oficial inglés R. W. H. Hardy, que estuvo en México de 1824 a 1828, que fue uno de los viajeros que más hombres públicos conoció y que mejores descripciones nos ha dejado de las visitas y tertulias. Justamente los tres años que Hardy permaneció en México coincidieron con la estancia de Mark Beaufoy, ex oficial, nada menos que del regimiento de Guardias de Colstream; veterano de las campañas contra Napoleón y terrible guerrero y “matador” profesional, pues que juzgaba candorosamente la profesión de militar, “la de matar sin asesinar” —según nos aclara—, “como la más satisfactoria, la más honorable y la menos mercenaria para alcanzar rango y fortuna”. Acaso esto nos explique más adelante la incomodidad experimentada por Beaufoy en México, que sólo podrá en parte descansar por medio de rabiosas inventivas y denuosos contra el país y sus habitantes. El, que bien pudo haber sido uno de aquellos soldados de temple de acero del ejército de Wellington que en 1808 se disponía a desembarcar en algún

punto de la costa atlántica de la Nueva España, para preservarla libre de la influencia napoleónica; él, que pudo haber llegado al país en el soberbio plan de conquistador y libertador al mismo tiempo, tenía que verse ahora luchando a la desesperada en el mar revuelto de los embrollos y trapacerías fomentadas por los hombres de toga y los hombres de negocios; algo, en verdad, para reventar de rabia y vergüenza y para hacerle revesar de asco.

En 1826 llegaba también al país el capitán inglés George Frances Lyon, hombre menos arrebatado, pero no menos erizado de prejuicios que Beaufoy.